

## SECCIÓN III

## EL RAZONAMIENTO IMAGINATIVO

La forma de razonamiento emocional más completa, más frecuente, más importante por sus resultados, es la que designo con el nombre de imaginativa. Se podría también llamarla forma afectiva del razonamiento de *descubrimiento*. Es el razonamiento propio de la creencia, cuando razona: su papel en la historia individual y colectiva de la humanidad, ha sido y es todavía, de primer orden.

No hay que confundir el razonamiento imaginativo con la imaginación creadora (facultad de invención, fantasía, etc.) Aun cuando estos dos procesos psicológicos se asemejan en muchos puntos, son de naturaleza distinta.

El objeto único de la imaginación es crear. Toda invención, desde la más vulgar á la más elevada, supone algo nuevo (al menos para el individuo, porque esta novedad puede ser una repetición para la especie); lícitamente, la vida afectiva participa de la creación que nace siempre de una necesidad, de un instinto, de un deseo; pero apartado este impulso original, ocurre muchas veces que el elemento afectivo falta ó es insignificante, ó está excluído por la naturaleza misma del trabajo creador. Así en la invención

científica, mecánica, financiera, comercial, el empleo del razonamiento racional es el solo legítimo, y la intrusión de una emoción ó de una pasión cualquiera no haría más que estorbarle.

El razonamiento imaginativo, por su parte, implica siempre elementos afectivos y aun no existe sino con esta condición; pero se dirige tan poco á crear, que pretende, por el contrario, descubrir ó establecer una verdad existente por medios que le son propios, es decir, por una construcción imaginativa: de suerte que difiere de la facultad de invención, por su objeto, por sus resultados que tiene por objetivos; pero se le asemeja por los procedimientos empleados.

Ahora, si se comparan las dos formas de razonamiento—racional, afectivo—como instrumentos de descubrimiento, la diferencia se reduce á una oposición fundamental ya señalada.

El razonamiento racional, aplicándose á los hechos de la naturaleza, de la humanidad, de la vida social, se esfuerza, por procedimientos múltiples, por métodos variables, según los casos, en adivinar y reproducir exactamente el orden y el encadenamiento de los fenómenos. Aun admitiendo con algunos idealistas, que los principios y categorías que regulan nuestros razonamientos no son más que estratagemas para imponer una disciplina á la masa confusa, incoherente de los hechos y hacerles inteligibles, queda sin embargo indisputable que ciertos razonamientos son tan exactos, tan rigurosamente comprobados (el



astrónomo que predice el momento de un eclipse) que no es posible negarles un carácter *objetivo*.

El razonamiento emocional, por el contrario, está siempre regido por una tendencia, una inclinación, un deseo, una aversión, un estado afectivo cualquiera que expresa el estado del sujeto y nada más; está aprisionado en la *subjetividad*.

Estudiémosle ahora según sus obras. Nada más fácil; está en todas partes, se extiende á todo. Tomaré casi todos mis ejemplos de la experiencia religiosa: los documentos abundan, variables según las razas, los tiempos, los lugares, los grados de cultura; pero en el fondo, el mecanismo lógico permanece el mismo.

En el origen, la creación, la concepción (si se prefiere) de Dios ó de los dioses, ¿es obra del razonamiento afectivo sólo? No. La operación que crea los mitos es obra de la naturaleza humana entera, intelectual y afectiva, del *homo duplex*. Es, según una definición justa: «la objetivación psicofísica del hombre en todos los fenómenos que puede percibir». La forma de razonamiento que el mito envuelve y disimula, merecería más bien el epíteto de *antropomórfica*. Pertenece á este período primitivo de que hemos hablado en el capítulo anterior, en que la diferenciación entre las dos lógicas no se ha producido todavía. Podemos, pues, omitirla en beneficio de las formas más claras en que el influjo de los estados afectivos es francamente determinante.

I.—Las creencias, ideas ó conclusiones relativas á la vida futura son excelentes ejemplos de razonamiento imaginativo, de una marcha de lo conocido á desconocido, de un viaje de descubrimiento en que el sentimiento es el piloto. En esta cuestión hay dos elementos que considerar: las concepciones diversas de la inmortalidad; las razones por las cuales se pretende establecerla.

I.º Acerca del primer punto, me contento con una enumeración que podría ser más larga: la vida vaga de las Sombras, como en los poemas de Homero; la continuación y repetición de la vida terrenal, creencia que parece datar de la época neolítica, en que los muertos son enterrados con su mobiliario y sus armas; la inmortalidad aristocrática reservada á los jefes, á los nobles, á los bravos ó simplemente á los ricos (ha tenido aún en nuestros días, creyentes tales como Goethe); la metempsícosis, las transmigraciones y renacimientos indefinidos con reabsorción final en el Gran Ser; la extinción en el *nirvana*; la inmortalidad condicional reservada á los que la ganan por sus méritos; el estado de paz perpetua, el reposo en el amor divino (concepción mística); la omnisciencia (concepción intelectualista), el progreso sin fin (Leibniz), etc. (1) Nada digo de las múltiples opinio-

(1) Se encontrarán acerca de este punto muchos documentos históricos y etnográficos en L. Bourdeau, *El problema de la muerte* (Madrid, Jorro, editor) cap. V y VII.



nes acerca del *lugar* en que la vida futura se desarrolla y acerca de su *duración* ilimitada ó no. Es una obra de imaginación añadida á la creencia principal.

En suma, la concepción de una divinidad feliz ó desgraciada se reduce á juicios de *valor* acerca de las diferentes formas de la vida, una de las cuales es tenida por el soberano bien (Paraíso), la otra por el soberano mal (Infierno), es una conclusión que depende de los deseos, de las aspiraciones, de los gustos: el hombre activo no establece las conclusiones; que el contemplativo, ni un asceta, las del escandinavo que espera en la *Walhalla*. Nada más verdadero que la fórmula: «Dime con qué paraíso sueñas, y te diré quién eres.

2.º Esta creencia, esta afirmación de origen sentimental, cualquiera que sea su contenido, ha sido en primer término completamente espontánea; luego ha sido forzada á consolidarse contra la duda y las dificultades procedentes de la reflexión. Entonces la lógica aparece. El principio verdadero, fundamental, universal, que le sirve de base es un hecho psíquico natural en el hombre: el deseo de vivir siempre. Es el nervio de todo razonamiento en favor de la inmortalidad. «Los seres dotados de inteligencia, dice Santo Tomás, desean existir siempre, y un deseo natural no puede existir en vano» (1).

Discutir este aserto no es de nuestro asunto; por

(1) *Summa theologica*, I, 75, v. ap. Bordeau, *op. cit.* p.

otra parte, esta tarea ha sido hecha bastantes veces, principalmente por Taine (en la crítica de Jouffroy) en una forma humorística que ha provocado indignaciones, pero que envuelve una dialéctica rigurosa. Á pesar de su apariencia de axioma, este supuesto principio es una afirmación sentimental, cuya validez nada justifica. Se impone como preferido, no como probado, y obtiene toda su fuerza de nuestra facultad de sentir. Sea lo que quiera, en apoyo de este principio defensor de la inmortalidad, se han aducido «pruebas», unas experimentales, otras racionales.

Pruebas de hecho.—En un principio esta creencia se ha repetido hasta la saciedad—ha nacido de los ensueños y estados similares en que el alma parece dotada de una vida independiente. Actualmente este género de argumentos está fuera de uso; pero la creencia persistente en los fantasmas, en las apariciones y evocaciones de espíritus es sucedánea de él. La «Sociedad de investigaciones psíquicas» de Londres, que ha instituido en toda la superficie del globo el estudio de los fenómenos supranormales, no persigue un fin puramente especulativo: muchos de sus miembros piensan, con razón, que si un solo caso de aparición *post mortem* fuese bien y debidamente atestiguado, el resultado práctico sería capital (1).

(1) Acerca de estas cuestiones, consúltese la obra póstuma de Myers, *Human Personality and its survival of bodily Death*, 2 volúmenes, Longmans, 1903.



Prueba racional.—La principal, bien conocida, se deduce de la necesidad de una sanción. Históricamente se ha producido bastante tarde. En un principio, la supervivencia ha sido admitida á título de hecho, sin señal alguna de una retribución según las obras y la conducta moral. Es la conclusión racionalmente deducida de un principio de justicia.

Lo repito: el valor probatorio de estos argumentos de una y otra especie nada tiene que hacer aquí; no se trata más que de su naturaleza lógica. Ahora bien, es preciso notar que en la persecución de este problema, el razonamiento sufre una transformación. En el primer momento, es puramente imaginativo; el deseo engendra y organiza una creencia; el verdadero creyente, el que establece su necesidad de vivir siempre como necesaria, se atiene á ella; es sordo á todos los ataques. En el segundo momento, cuando la duda se ha insinuado, el razonamiento no es ya un instrumento de conjetura para descubrir, sino un es fuerzò para demostrar; llega á ser una *justificación*, un alegato—forma especial que estudiamos más adelante;—permanece afectivo en su fondo, pero tomando el aspecto y la máscara de la lógica racional. Este cambio merece ser notado. Él muestra la imposibilidad de una clasificación rigurosa de los razonamientos afectivos. El razonador pasa sin escrúpulo de una forma á otra, las emplea todas indistintamente, siempre que concurran á sus fines.

II.—El arte de la *adivinación* es la obra más considerable que haya formado el razonamiento imaginativo y el esfuerzo más encarnizado para resolver mediante procedimientos extra-rationales, cuestiones á las que la lógica racional no responde. Se remonta á la mayor antigüedad y se encuentra en todas partes. Los aborígenes del Nuevo Mundo le han inventado como sus hermanos del Antiguo. Ha sido aplicado á todos los actos de la vida privada y pública, desde los más frívolos hasta los más graves. Ha llegado á ser una institución de Estado en muchos pueblos: los romanos, que le han aprendido de los etruscos; el oráculo de Delfos, este gobierno moral de la Grecia, que ha durado cerca de mil quinientos años. Aún en la época del Renacimiento, los reyes y los grandes tienen sus astrólogos, que son personajes oficiales. Toma á la larga las apariencias de una ciencia; es enseñado por tradición ó consignado en escritos abundantes y voluminosos; es un estudio complicado, muy minucioso, teniendo para cada grupo de fenómenos su terminología propia. El arte augural estaba fundado en un exámen anatómico muy profundo de las entrañas. La adivinación por las variedades del rayo se pierde en observaciones y sutilezas sin número. Los tratados de astrología son un laberinto inextricable de clasificaciones, de deducciones, de inducciones, de distinciones. Tiene, pues, una larga historia, y no hay que olvidar que si el arte adivinatorio se ha atrofiado bajo el influjo de la cultura



científica, no ha muerto. En nuestros días, los centros más civilizados no carecen de gentes cuyo oficio es pronosticar el porvenir.

El sabio puede tratar con desprecio este amontonamiento de aberraciones seculares y esta codificación de una nada; pero el psicólogo no puede considerar la adivinación sin alguna complacencia, como una manifestación de la naturaleza humana, que por su tenacidad, afirma la necesidad de una lógica extraña á la razón.

«La adivinación, dice su sabio historiador, es la penetración del pensamiento por la inteligencia humana, fuera de las consideraciones ordinarias de la ciencia, es un conocimiento de una naturaleza especial, siempre obtenido por vía de revelación sobrenatural, con ó sin auxilio del razonamiento» (1). Distingue dos formas: 1.º, intuitiva: los sueños, la evocación de los muertos, el entusiasmo (en el sentido etimológico); cae fuera de nuestro objeto, por ser la revelación directa; 2.º, inductiva ó deductiva, es decir, por interpretación. Toma sus materiales de todas partes: la tierra, las aguas, el cielo, los astros, los fenómenos meteorológicos, los hombres, las bestias, los objetos inanimados, sacar la suerte, las combinaciones numéricas; abraza al mundo entero y reviste las formas más inesperadas.

(1) Bouché-Leclercq, *Histoire de la divination dans l'antiquité* Paris, 4 vol.

Su mecanismo lógico, variable según los casos, no puede ser determinado más que por encima.

Primeramente, la adivinación se funda en un principio general admitido inconscientemente ó vagamente concebido; es este que en el universo todo está enlazado y que entre los elementos más desemejantes hay una correlación. Seguramente, el hombre primitivo, al tratar de penetrar el porvenir, no tenía ninguna idea de este principio abstracto; pero su concepción animista del mundo le ponía en presencia de fuerzas que sienten y obran, esparcidas por todas partes, análogas á él; le parecía natural interrogarlas.—En este momento de la evolución humana, cada cual es, por su propia cuenta, adivino lo mismo que pescador, cazador ó carpintero.—Más tarde, á consecuencia de la división del trabajo, se forma una clase especial de intérpretes (sacerdotes, magos, médicos, adivinos), guiados por alguna generalización empírica, grosera y atrevida, pero que supone ciertas correlaciones entre el individuo y el resto del mundo. Fué obra de la filosofía la generalización completa del principio de «que todo está en relación en la naturaleza». Excepto los epicúreos, las escuelas filosóficas de Grecia admitían la adivinación, ya parcialmente, con restricciones y reservas; ya totalmente, como los estóicos, como consecuencia de su teoría del *ὄντινολία πάντα*. El cristianismo de las primeras edades no la ha negado, pero la atribuía á los



demonios (1). Sin embargo, no hay que exagerar el valor de este principio: es más teórico que práctico. Desde el punto de vista de la lógica racional, aparece como el fundamento de todas las conjeturas adivinatorias. Desde el de la lógica de los sentimientos, es dudoso. Sabemos que ésta se preocupa poco de los principios, y que parece más bien guiada por una creencia instintiva, irreductible á una fórmula racional.

Ahora, si se considera la conjetura adivinatoria en los casos particulares, *in concreto*, tal como es practicada de hecho, se encuentran en ella elementos afectivos, imaginativos, racionales.

1.º *Elementos afectivos*. Hay, primeramente, el deseo intenso, sin crítica (es decir, sustraído á toda inhibición de los juicios racionales) que engendra esta creencia; que un poder sobrenatural, Dios ó Destino, responderá por un medio cualquiera á la pregunta hecha. La creencia es proporcional al destino; se encuentran semi-creencias.

Hay elección del procedimiento. Entre tantos me-

(1) Esta creencia, de una correlación directa entre las manifestaciones de la naturaleza y los actos humanos, ha sido más extendida de lo que se piensa entre los filósofos de la antigüedad. En la China antigua, Ki-tse profesa esta máxima: «Cuando la virtud reina, la lluvia viene á propósito; cuando se hacen los juicios justos, el frío viene á su tiempo.» En Grecia, el hecho de que las grandes escuelas filosóficas han discutido la adivinación, prueba cuanto influyen las creencias religiosas de una época, aun sobre los mismos que se creen emancipados.

dios supuestos eficaces, ¿por qué el preguntante tiene una preferencia? Ante todo su gusto, sus disposiciones particulares, como el católico que tiene una devoción particular por tal santo; luego, el azar, la facilidad de la operación, la tradición, la imitación, ó, por el contrario, la moda, que es un gusto colectivo en estado inestable.

Luego, un razonamiento muy elemental fundado en sentimientos. Conclusión por analogía afectiva: un encuentro enojoso es de mal agüero, el graznido nocturno de un ave presagia la muerte, etc. La analogía está, no en las percepciones, sino en el estado emocional que las acompaña. Conclusión por contraste: sabido es cuanto predomina esta forma de asociación en la vida de los sentimientos; deducir de lo blanco lo negro, de un ensueño lúgubre el hecho contrario.

Finalmente, existe el estado de incertidumbre ante la respuesta; la oscilación entre la esperanza y el miedo. En la interpretación de los casos dudosos, el interrogante se inclina, según su carácter, hacia una conclusión optimista ó pesimista.

2.º El *elemento imaginativo* puro se reduce al modo de pensamiento simbólico. Las percepciones é imágenes concretas son transformadas en imágenes simbólicas: de suerte que todas las manifestaciones de la naturaleza y de la humanidad no tienen solo su valor simple, sino como significación escondida, un sentido oculto que descifrar. Es esta la esencia



misma de la adivinación, y es inútil señalar ejemplos.

3.º El *elemento racional* es propio de los casos de interpretación difícil. El razonamiento simula la forma racional y toma un aire científico. El interrogante no es ya competente para comprender la respuesta. No está al alcance de un novicio predecir el destino de un hombre ó el resultado de una batalla conforme la posición de los astros. Es la adivinación sabia, la que ha producido los grandes tratados antes mencionados, á los que un conjunto imponente de observaciones, de deducciones, de inducciones de cálculos dan como apariencia de solidez. Nada falta en ellos, excepto una base firme y la objetividad que la construcción imaginativa alcanza á veces de hecho (en los descubrimientos que obtienen resultado); jamás de derecho porque expresa una concepción individual, subjetiva. Verdad es que el arte adivinatorio reclama la experiencia, se pretende comprobado por ella, la cuenta como una de las pruebas de su validez lógica. Por una ilusión natural, el creyente da más importancia á una predicción que se realiza que á un centenar de otras, cuyo fracaso justifica penosamente. Pero todo esto sale de la lógica de los sentimientos, y no es más que un esfuerzo para ayudarla.

Notemos un último carácter del razonamiento adivinatorio que depende de su naturaleza fundamentalmente afectiva, y es la despreocupación de las contradicciones. Por una parte, supone, al menos implícita-

mente, una relación fija entre los sucesos del mundo y los de la vida humana, aun individual. Por otra, el hombre trata de librarse de una respuesta desagradable y de trampear con su destino. El oráculo ó el adivino, dice: «Fulano morirá de tal muerte, en tal sitio», y la víctima designada inventa subterfugios, se vanagloria de modificar el porvenir. Las entrañas interrogadas por el aurrúpice son desfavorables á un asunto del Estado: se vuelve á empezar varias veces para obtener la respuesta favorable. Los historiadores de la antigüedad abundan en relatos de este género. Se desea una respuesta verdadera, pero se la desea consoladora; lo cual es solo contradictorio para la razón. Cada deseo, como sabemos, no ve ni quiere más que su fin.

III.—Aun cuando la magia y la adivinación estén estrechamente unidas por su naturaleza y su historia, la posición no es idéntica en los dos casos. El arte adivinatorio es una interrogación; interpreta. La magia es una operación, un acto y ordena. De aquí una diferencia evidente en su lógica: la de la magia rechaza el tipo afectivo para adoptar una forma de razonamiento en parte imaginativo, en parte intelectual. Por tal motivo, podríamos omitirla; algunas observaciones bastarán para mostrar las diferencias.

El hechicero se cree un ser sobrenatural. En algunos pueblos lo es por derecho de nacimiento, siendo



hereditaria la profesión; pero en todas partes debe sufrir un largo noviciado, duras pruebas; no adquiere su saber y su técnica sino con mucho esfuerzo, como lo hacen en nuestra época un químico ó un músico. Aparte lo que tiene de impostura, está convencido de poder provocar á su agrado la lluvia y el buen tiempo, matar, curar, etc. Sus encantamientos tienen una virtud irresistible que procede de él. Algunos se han creído capaces de obligar á los dioses á la obediencia. Vive, por tanto, en un mundo imaginario.

Sin embargo, hay en su pretendida ciencia elementos racionales de una naturaleza confusa y sospechosa. Razona conforme á las analogías ficticias (el polvo de la momia es un elixir de larga vida). Se complace sobre todo en el empleo abusivo de la noción de causa (1). De aquí principios como éstos: «El efecto se asemeja á la causa que le produce», origen de la magia imitativa; ejemplo: el maleficio, que ha sido practicado en todas partes. «Las cosas que han estado en contacto y han dejado de estarlo, continúan influyéndose como si el contacto persistiera»: es el principio de la acción á distancia.

Por el contrario, en la lógica de la magia, el

(1) Este hecho ha sido señalado por los etnólogos y mitógrafos, que consienten en ir más allá de la simple agrupación de hechos. Véase Tylor, *Primitive culture*; A. Lang, *Mythes, cultes et religions* (Paris, F. Alcan); pero principalmente Frazer, *The golden Bough*, tomo I. cap. III

elemento afectivo es poco importante, de escasa acción, porque según la justa observación de Frazer (*op. cit.*): «La concepción fundamental de la magia es idéntica á la de la ciencia... su sistema se basa en la fé, ciega sin duda, pero real y firme, en el orden y la uniformidad de la naturaleza. Su error procede, no de que crea en una sucesión de fenómenos determinados por leyes, sino de la concepción totalmente falsa que tiene de la naturaleza de estas leyes.»

Los hechos contenidos en esta sección de nuestro estudio han sido tomados de una sola fuente, de las manifestaciones de la vida religiosa y de las creencias que se unen á ellas. Sería fácil, pero sin fruto, buscar por otro lado. La tenacidad de una lógica tan frágil sería inexplicable si no se supiera que está anclada en el corazón del hombre, con independencia de la razón, que disiparía estas quimeras (1). Ha durado y dura todavía porque tiene su razón de ser en tendencias indestructibles. «Por una serie de deducciones lógicas y fatales, nos explicamos, dice Tarde, que ciertas supersticiones famosas, la hechicería, la adivinación por el vuelo de las aves ó por los sueños, los oráculos, la astrología hayan nacido de un modo independiente en la mayor parte de los pueblos, en el Perú y en Méjico, como en Grecia y en Roma. Eran

(1) Los historiadores han hecho notar que durante varios siglos el politeísmo greco-romano ha sobrevivido bajo la forma de la adivinación, más fuerte que el cristianismo que la prohibía.